

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir: *Borges, hacia una interpretación*, Madrid, Guadarrama (Ediciones de Bolsillo), 1977, 127 págs.

Es sin lugar a dudas el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal quien en estos últimos años ha visitado con más asiduidad la obra de Jorge Luis Borges, a veces desde ángulos insospechados. En este breve volumen aparecido recientemente entre nosotros, Rodríguez Monegal recoge tres ensayos aparecidos con anterioridad en otras tantas revistas: «Borges y Paz: un diálogo de textos críticos» (*Books Abroad*, vol. 46, núm. 4, otoño 1972, The University of Oklahoma, Norman, Oklahoma, págs. 560-566); «El lector como escritor» (*Tri Quarterly*, núm. 25, otoño 1972, North Western University, Evanston, Illinois, págs. 102-143) y «Borges y la "nouvelle critique"» (*Diacritics*, vol. 2, núm. 2, verano 1972, Cornell University, Ithaca, Nueva York, páginas 27-34). Aquí se ofrecen en su versión castellana y con ciertas variantes respecto a sus originales en lengua inglesa.

Publicados simultáneamente, estos tres ensayos ofrecen el asedio a la obra de Borges desde tres perspectivas: «a) el paralelo con la obra crítica (también deslumbrante) de Octavio Paz; b) la definición de una poética de la lectura que se apoya en sus textos de ficción y de crítica, pero también examina el texto de su biografía; c) el examen de la crítica francesa más reciente y estimulante» (pág. 7).

¿Por qué iniciar un estudio de Borges por la obra crítica de Octavio Paz? «Leer a Paz después de haber descubierto a Borges; descubrir a Paz después de haber descubierto a Borges, ha sido para mí una experiencia de frustración y deslumbramiento, de disciplina y confusión, de raro suplicio de Tántalo» (19).

La asimilación surge de un común espíritu intelectual ante el fenómeno estético, no importa que las soluciones sean dispares. Distinta cronología, distinta formación cultural, distinto destino particular los de estos dos escritores a los que une la constatación de que no hay una crítica que haya sabido leerlos en profundidad.

Octavio Paz se ve obligado a crear una obra crítica paralela a su creación para justificar a ésta. Sus obras centrales, *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, son un intento de crear un espacio intelectual para su poesía. Borges, por su parte, realiza a su vez una «crítica de practicante» que permita elucidar sus problemas de narrador. Para el crítico queda el recurso de poner en contacto estas dos literaturas dialogantes para ampliar un reducido campo intelectual del que quedan muchas parcelas por cubrir.

En el segundo ensayo, «El lector como escritor», Rodríguez Monegal va a ofrecernos el punto central de su lectura de Borges, una «lectura poética». El punto de partida será «Pierre Menard, autor del *Quijote*». Aquí está el texto central para la fundamentación de su

teoría, ya previsto por Borges en una conferencia de 1927, «La función literaria», recogida más tarde en *El idioma de los argentinos*: «en vez de una poética de la obra literaria, la poética de su lectura (...). "Pierre Menard, autor del *Quijote*" posee un arte de la lectura» (página 45).

Rodríguez Monegal rastrea la evolución de esta idea en Borges desde «La encrucijada de Berkeley» hasta su concepción del universo como libro y su consideración de sí mismo no como autor, sino como lector de su propia literatura en la *Historia universal de la infamia*.

El punto central de este corpus teórico estaría determinado por tres ensayos recogidos en *Otras inquisiciones* (1952): en «La flor de Coleridge» postula Borges una concepción universal de la literatura: el autor se confunde en el Espíritu creador que escribe un libro confundido en el Universo («Del culto de los libros»), y una afirmación final en la cual cada escritor *crea* a sus predecesores («Kafka y sus precursores»).

Para Borges, concluye el crítico, leer es una actividad tan intelectual como escribir; el lector participa de la creación misma en un diálogo continuado con un texto. Esta idea es desarrollada en los relatos «La biblioteca de Babel», «El jardín de los senderos que se bifurcan» y «La escritura de Dios».

Este rastreo teórico se prolonga en una investigación centrada en la biografía borgiana. Esta indagación podría iniciarse en torno al ensayo «La secta del Fénix» (*Artifícios*, 1956), donde se apunta una relación entre la producción literaria y el concepto de paternidad que remite a la Nochebuena de 1938, a «Pierre Menard, autor del *Quijote*» y a la imagen del padre en Borges. La imagen del padre y la de la biblioteca paterna acaban confundándose en la mente de Borges y éste descubre que su vocación no es sino la realización de la vocación de escritor de su padre.

De ahí este párrafo de Rodríguez Monegal: «Para un ser que se cree soñado por otro, cuya vocación literaria es sólo réplica de la vocación literaria de quien lo engendró, cuya obra es (de alguna manera) la realización de una obra esbozada pero no ejecutada por el padre; (...) para un ser así, la producción literaria no puede ser "creación", sino "repetición", no puede ser "invención", sino "redacción"; no puede ser "escritura", sino "lectura". Por eso su poética es, en definitiva, una poética de la lectura» (93). Y podemos terminar con aquel verso del *Elogio de la sombra* (1969): «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; / a mí me enorgullecen las que he leído».

El ensayo final de este volumen («Borges y la "nouvelle critique"») es un repaso y una discusión de los estudios de la crítica francesa sobre Borges desde el ya lejano comentario de Valery Larbaud centrado en *Inquisiciones*. Rodríguez Monegal señala aquí que muchos

aspectos de esta lectura poética habían sido desarrollados en Francia en una meditación más consciente y más literal de las ideas de Borges sobre la narración y sobre *su* narración.

La identificación de libro y universo, la afirmación de que toda escritura es tradición y de que Borges es un hombre fundamentalmente literario son señalados por Maurice Blanchot (*Le livre à venir*, 1959); Gerard Genette («L'utopie littéraire», *Figures*, 1966) insiste en la identificación borgiana de todos los libros y todos los autores y la concepción de la escritura como lectura. Jean Ricardou, en «Le caractère singulier de cette eau» (*Critique*, 1967), examina la circularidad de la obra de Borges, donde unos textos remiten a otros; Pierre Macherey («Borgès et le récit fictif», *Les Temps Modernes*, 1966) encuentra que Borges se plantea los problemas del relato de una manera ficticia y por tanto nos propone una teoría ficticia del relato; y, por último, señalar la idea de Michel Foucault (*Les Mots et les Choses*, 1966), que apunta al centro de la escritura de Borges: una empresa literaria que se basa en la «total» distanciaci3n de la literatura, que a su vez instaure una nueva literatura, «una "écriture" que se vuelve sobre sí misma para recrear, de sus propias cenizas, una nueva manera de escribir» (120).

TOMÁS VACA

Universidad Complutense de Madrid